

## JORNADAS DE JUSTICIA Y PAZ: GLOBALIZACIÓN, ¿DE LA SOLIDARIDAD Y LA ESPERANZA?

CONFER – 17 de marzo de 2001.

Trascripción de la ponencia:

### *Desafíos que la globalización presenta a la vida religiosa, desde la perspectiva de Justicia y Paz*

Adolfo M<sup>a</sup> Chércoles, SJ

#### EL PROBLEMA

Cuando me pidieron esta aportación, me resistí por la sencilla razón de que no tenía ni idea del tema. Ligado en un comienzo a lo económico, instintivamente lo relacionaba con ese campo. Sin embargo, se me insistió en que lo enfocase desde las consecuencias en los niveles más desestructurados de la sociedad. Tomé un tiempo para informarme del tema, y descubrí que lo importante en la globalización no era la “teoría”, sino el **hecho**.

La **globalización**, ¿qué es?, ¿en qué nos afecta?

En un folleto de *Cristianisme i Justícia* sobre la globalización aparece la siguiente definición que me resultó lo suficientemente clara y breve para que nos situemos. Dice así:

*“En una primera aproximación, entendemos la globalización como un proceso de interconexión financiera, económica, social, política y cultural que se acelera por el abaratamiento de los transportes y la incorporación en algunas instituciones (empresas, grupos sociales y algunas familias...) de tecnologías de la información y de la comunicación en un contexto de crisis económica (1973), de victoria política del capitalismo (1989) y de cuestionamiento cultural de los grandes ideales”<sup>1</sup>.*

Creo que es un resumen exacto y breve que enfoca el problema que queremos plantearnos. Nos guste o no, el hecho de la globalización nos afecta económica, política y, sobre todo, culturalmente. Porque esta dimensión cultural se incorpora por ósmosis a nuestra manera de ser y, lo reconozcamos o no, eso está presente en nuestra manera de ser y de plantear la misma vida religiosa. Y no sólo a nosotros: afecta a todo el mundo.

¿Cómo resumiríamos el aspecto cultural de la globalización □el que más nos interesa□ que está afectando de una manera especial al Primer Mundo? Podríamos describirlo de la siguiente forma. Esta supuesta “cultura” está provocando un enfrentamiento disyuntivo entre

**individualismo y socialidad**  
**narcisismo y gratuidad**  
**hedonismo y donación**

Seis dimensiones llamadas a integrarse dialécticamente en el ser humano y que las experimentamos como antagónicas o alternativas excluyentes. En efecto, esta supuesta

---

<sup>1</sup> J.F. Mária i Serrano, **La globalización, ah sí, una maravillosa excusa para muchas cosas**, en CiJ 103 (2001), p. 5.

“cultura” nos sale al paso por todas partes por la “globalización” que provocan los medios de comunicación.

### **Individualismo - socialidad**

En efecto, el individualismo aparece enfrentado a la socialidad. “Socialidad” no es una palabra muy castellana que digamos, pero sí expresiva. Es decir, mientras el individualismo es el que se lleva el gato al agua, la socialidad (es decir, nuestra dimensión social, nuestra apertura, nuestra responsabilidad ante una realidad social que nos sostiene y de la que formamos parte, dado que no somos Robinsones), se esfuma. Esta dimensión, en cuanto compromiso desaparece, mientras cada vez exigimos más a esta sociedad de la que formamos parte. ¡Estas son las paradojas que vivimos! Claro que tenemos que ser individuos. Claro que tenemos que ser independientes. Pero el problema es cuando enfrentamos, antagónicamente, individualismo y “socialidad”.

Citemos algunos autores contemporáneos que pueden ayudarnos en este análisis. Lipovetsky, en su libro **El crepúsculo del deber**, hace esta afirmación:

*“...hemos dejado de creer en el sueño de “cambiar la vida”, no hay nada más que el individuo soberano ocupado en la gestión de su calidad de vida”.*<sup>2</sup>

Ya no se piensa en cambiar la vida, cambiar la sociedad, sino lo que a cada uno preocupa es su individualidad: ¡el individuo es soberano! La gran tarea que tiene el individuo es la gestión de su calidad de vida: ésta es la gran obsesión que nos domina.

Esta postura nos aísla y desconecta (en cuanto compromiso responsable) de esa realidad social a la que, por otro lado, exigimos más que nunca. Una contradicción en la que estamos incurriendo que puede convertirse en un callejón sin salida.

Claro que tenemos que defender un “individualismo”. ¡Somos individuos! ¡No debemos convertirnos en masa! Pero el problema surge cuando contraponemos como alternativas incompatibles **individualismo** y **socialidad**. Tenemos que ser individuos, pero comprometidos con una sociedad formada por individuos como yo. No soy el único, y lo más válido de mi individualidad depende de que se salve la individualidad de los demás.

### **Narcisismo - gratuidad**

Lo mismo ocurre con el narcisismo. Claro que tenemos unos sustratos narcisistas que han sido necesarios para que surgiese nuestro yo personal; pero cuando lo contraponemos como antagónico con la gratuidad, la cosa se complica.

Para entendernos veamos la descripción que nos hace Pascal Bruckner en su libro **La tentación de la inocencia**. Hablando de la corriente moderna del relativismo, comenta:

*“...si lo único que cuenta es la autenticidad, cada cual, en nombre de sí mismo, está habilitado para no someterse a las leyes comunes que le desposeerían de*

<sup>2</sup> G. Lipovetsky, **El crepúsculo del deber**, Anagrama, Barcelona <sup>5</sup>2000, p. 72.

*su fidelidad a sí mismo. ¡No me juzguen: tendrían que ser yo para comprenderme! Cada cual se convierte en una excepción a la que el código tendría que adaptarse, cada cual deduce el derecho de su propia existencia. La ley, en vez de contener los apetitos de un ego desmedido, es requerida para que se ciña al máximo a sus meandros... ”<sup>3</sup>.*

En efecto, en el mundo en que vivimos todo es relativo, menos mi **yo**, y la “autenticidad” se convierte en un cultivo narcisístico de mi persona. Me convierto en “principio y fin”, en “único”. Nadie puede objetivarme y bastante tarea tengo en construir mi **yo**. La ley que me posibilitaría una objetivación en mis relaciones con los otros “**yo**” desde el reconocimiento y la libertad mutuos, ha de plegarse a mi historia “única”. ¡Cuántas veces no habremos oído –y a lo mejor lo hemos dicho–: ¡¡Si usted supiera!!!, refiriéndonos a circunstancias personales imponderables!

Esto nos lleva a seguir con la cita de Bruckner:

*“Pero el sufrimiento cuando nos golpea confiere a ese relativismo un fundamento objetivo: nos purifica y nos gratifica con este regalo inesperado, la candidez recobrada. Y esta candidez no es sólo ausencia de mal: es la imposibilidad de la maldad, de la villanía... A partir de entonces la democracia se resume a la autorización para hacer lo que se quiera (siempre y cuando se presente uno como un expoliado), y el derecho como protección de los débiles desaparece tras el derecho como promoción de los hábiles...”<sup>4</sup>*

Es decir, si “he sufrido” □y en nuestra subjetividad podemos encontrar verdaderos catálogos de “dolor”□, me convierto en **víctima** y desde ahí justifico la adoración a mi **yo**. Esta vivencia-convicción imposibilita la gratuidad. No puedo olvidarme de mí; al revés, compadecerme... Pero volveremos sobre el asunto.

### **Hedonismo - donación**

Por último hedonismo enfrentado a donación. Claro que no estamos aquí para “hacernos la pascua”, hablando en plata. ¡No! Pero tampoco estamos para abanicarnos y estar todo el día pendientes de que yo lo que tengo es que “ser feliz”, porque entonces cuando la felicidad se resiste y el dolor se impone, sucumbimos. Cuando aislamos esa tendencia sana a estar bien, a no estar amargados, y la convertimos en un fin, ¡siendo puro don!, pierde su sentido. La felicidad deja de serlo cuando nos encerramos en nosotros mismos, y se convierte en puro hedonismo.

En ese momento la donación, el salir de uno mismo, no tiene ningún sentido: “¡sólo hay una vida y hay que aprovecharla!”; “la caridad empieza por uno mismo”... La solidaridad, la dedicación a los demás ha de estar controlada, porque ¡yo tengo que realizarme! Pero volvamos a los autores que nos están ayudando en este buceo en nuestro Primer Mundo.

Gilles Lipovetsky comenta lo siguiente:

<sup>3</sup> P. Bruckner, **La tentación de la inocencia**, Anagrama, Barcelona <sup>3</sup>1999, p.130.

<sup>4</sup> Ib. pp. 130-131.

*“El individualismo contemporáneo no es antinómico con la preocupación de beneficencia, lo es con el ideal de la entrega personal: se quiere ayudar a los otros pero sin comprometerse demasiado, sin dar demasiado de sí mismo. Sí a la generosidad pero a condición de que sea fácil y distante, que no esté acompañada de una renuncia mayor. Somos favorables a la idea de solidaridad si ésta no pesa demasiado directamente sobre nosotros [...]. El momento del imperativo categórico ha dado lugar a una ética mínima e intermitente de la solidaridad compatible con la primacía del ego”.*<sup>5</sup>

Me doy en la medida que suponga una “realización” de mi yo; si preveo sufrimiento, en principio, tengo que dejarlo. O sea, es un compromiso intermitente. Y este es el problema: todos los compromisos y la misma solidaridad han de ser en función de la gestión de mi yo. Y este principio está ahí, nos guste o no nos guste, en cada uno de nosotros, “religiosos”. No somos tan ajenos a esta manera de pensar. Como nos descuidemos, en más de una ocasión hemos dejado caer cosas, hemos tenido actitudes, hemos adoptado posturas que tienen que ver bastante con lo que aquí estamos describiendo.

## DESAFÍOS

Por lo pronto, hay que decir que esta **cultura** plantea serios desafíos al Primer Mundo. Sin embargo, en cuanto horizonte y búsqueda afecta a todo el mundo: al Primero y al Tercero; más aún a todas las capas sociales. Los Medios de Comunicación se encargan de “globalizarla”. Esta nueva manera de ver la vida, de ofertar una felicidad a la carta, “para todos”, se ha convertido en un horizonte. Y por desgracia estas “ofertas” las exportamos, y nos va mucho en ello: hay que ampliar los mercados, aunque sea de armas.

Pero esta descripción que hemos intentado hacer de la mano de sociólogos y pensadores actuales, ¿qué supone? Son significativos los títulos de las obras en las que, los autores a los que vamos a remitirnos, desarrollan sus análisis. Lipovetsky lo hace en **La era del vacío** -¡todo es *light!*- y **El crepúsculo del deber** -los *derechos subjetivos* desplazan los *deberes* responsables-. Bruckner en **La tentación de la inocencia** -vuelta a la infancia: *babyzación*- y **La euforia perpetua** -la *felicidad* como única tarea-. La polarización en el **individualismo**, **narcisismo** y **hedonismo** que hemos descrito nos lleva a lo que vamos a denominar “neoliberalismo ético”.

### Neoliberalismo ético

¿Qué fue el Liberalismo? Adam Smith defiende que las dinámicas mismas de la competitividad y del egoísmo humano, dejadas en libertad, son las únicas capaces de alcanzar el equilibrio necesario en el comercio. Dejadadas en libertad, se convierten en auténticas leyes que regulan con más acierto lo que no sería posible desde ninguna intervención externa regida por principios más éticos. Como es natural lo que se consigue es un equilibrio inestable que en cada momento las fuerzas concurrentes irán alcanzando.

<sup>5</sup> G. Lipovetsky, **El crepúsculo del deber**, Anagrama, Barcelona <sup>5</sup>2000, p. 133.

Algo parecido está ocurriendo con la ética. No podemos decir que en nuestro mundo no hay ética. Posiblemente se habla más que nunca de ética, pero ésta debe surgir de una dinámica parecida a lo que hoy denominamos **Neoliberalismo** (un Liberalismo con rostro más humano de cara a la eficacia). Hay que ser éticos, pero una ética que posibilite y potencie la construcción de **mi Yo**. Volvamos a Lipovetsky:

*“...la relación dominante de uno con uno mismo ya no está bajo la tutela de imperativos incondicionados, se despliega bajo el signo de los derechos subjetivos, del deseo, del trabajo de mantenimiento y de desarrollo de tipo “narcisístico”. El sistema de legitimación de los deberes hacia uno mismo ha perdido lo esencial de su autoridad. No es que las exigencias relativas a uno mismo hayan desaparecido en absoluto: se han librado de la retórica obligatoria y ahora se formulan en términos de elección, de interés, de funcionalidad. La cultura de la obligación moral ha dejado paso a la de la gestión integral de uno mismo, el reino del pragmatismo individualista ha reemplazado al del idealismo categórico, los criterios de respeto hacia sí mismo han entrado en el ciclo móvil e indeterminado de la personalización, de la psicologización, de la operacionalización. El proceso posmoralista ha transformado los deberes hacia uno mismo en derechos subjetivos y las máximas obligatorias de la virtud en opciones y consejos técnicos con miras al mayor bienestar de las personas. Se ha pasado una página de la historia de la moral moderna: la moral individual se ha convertido en una moral desustancializada, inencontrable para mayor provecho de la dinámica histórica de la autonomía individualista en adelante liberada de una forma de obligación interna que determinaba imperativamente las conductas”.*<sup>6</sup>

No puede describirse mejor lo que queremos decir con **Neoliberalismo ético**. Son mis “derechos subjetivos” los que tienen que salir a flote. Y aquí quiero hacer una reflexión personal acerca de nuestra vivencia de los **Derechos Humanos**.

La gran conclusión que hemos sacado de dicha declaración es que somos “sujetos de derecho”. Pero una cosa es que la persona tenga unos derechos inalienables, y otra muy distinta que tenga que vivir como “sujeto de derechos”. Porque, estrictamente hablando, el único “sujeto de derechos” en sentido pleno es el niño; y muy pequeñito. En efecto, no puede ser otra cosa; no puede tener ningún deber. Más aún, si no se le satisfacen muere, si sus padres están totalmente incapacitados para responder a dicho deber, hay que quitárselo.

Ahora bien, los que estamos aquí somos **sujetos de deberes** y sólo asumiendo que somos sujetos de deberes, los **derechos humanos** “inalienables” saldrán a flote. Pero tenemos que responsabilizarnos todos y asumir unos deberes que no apuntan precisamente a la “gestión de mi yo” ¿De qué ha servido la Declaración de los derechos humanos? ¿Para aquellos pobres que no pueden disfrutarlos y carecen de lo más elemental? ¿Quiénes se aprovechan de la Declaración de los derechos humanos? ¡Los cínicos!

En efecto, esta vivencia como **sujetos de derechos** es regresiva, nos pueriliza. Nuestra ética es narcisista, y para que lo sea ha de ser neoliberal. No puede surgir de la coerción, de la obligación, sino del libre juego de los “derechos subjetivos” de cara al “mayor bienestar”. Es el paso del **deber** a los **derechos subjetivos**. La ética que hoy se busca apunta a la construcción

---

<sup>6</sup> Ib. pp.82-83.

de un monumento a mi “realización personal”. Pero este **Neoliberalismo ético** tiene una vertiente altamente moralizadora de cara a la Sociedad. Veamos en qué sentido.

Antes aludíamos a los síntomas regresivos de la cultura que nos domina, que designábamos como una *babyzación*. Siguiendo esta imagen habría que hablar, en vez de la **Aldea global**, de la **Guardería global**. Y como en toda “guardería” las exigencias y los controles han de recaer exclusivamente en los “cuidadores”. Veamos la acertada observación de Lipovetsky:

*“La exigencia de moralización del pueblo ha sido reemplazada por la de la acción pública: casi no creemos en las pedagogías del ciudadano, pero sí en el derecho a moralizar la política, jueces y expertos han reemplazado a las homilías de las obligaciones morales y cívicas [...] No son los regímenes de orden moral los que celebran la hegemonía de las obligaciones colectivas sobre los derechos individuales que perfilan de nuevo nuestras democracias, sino el Estado de derecho y la promoción social de la ideología jurídica. Es menos significativo de nuestra época el “retorno de la moral” que el “retorno del derecho”, el predominio del derecho como regulador de las sociedades democráticas del posdeber”<sup>7</sup>.*

En efecto, los que tienen que ser morales, los que han de tener obligaciones son los políticos, el Estado, pero yo no. A ellos hay que exigirles moralidad, honradez, justicia y que no invadan mi privacidad. Hay que controlar al milímetro cualquier abuso, cualquier descuido para asegurar el funcionamiento de la **Guardería global**. Cada uno tiene que exhibir sus derechos y defenderse del Poder (¡incluso el judicial!) que en cuanto tal siempre se vive como amenaza a la propia individualidad; aunque bien que acudimos a él para que garantice con enérgica eficacia nuestra seguridad. Es un auténtico **Régimen de guardería** el que necesitamos.

### **Aproximación antropológica a la constatación sociológica**

He intentado con esta pequeña introducción dar una visión de lo que sociológicamente constatamos. Más aún, hemos tenido que aceptar que estos “valores” no sólo nos rodean, sino que están presentes en nosotros, y con una presencia más eficaz que aquella que estaríamos dispuestos a aceptar. Y en este sentido lo único que necesitamos es caer en la cuenta de esta realidad para constatar nuestro desacuerdo. El problema, sin embargo, se agrava cuando lo constatamos en nuestra juventud; ella no va a percibir ningún desacuerdo: ha nacido en este contexto y da por supuesto que es válido. Todos los Medios de Comunicación y la pedagogía vigente refuerzan esta convicción. Si uno intenta plantear el más mínimo interrogante, se le descalifica como “carroza” o como trasnochado: “¡eso ya no se lleva!”, se argumenta de forma irrefutable.

Pero una cosa es la constatación sociológica –y en cuanto tal no podemos darle la espalda porque está ahí-, y otra muy distinta aceptarla sin la menor crítica, sin el menor análisis. Pues bien, toda constatación sociológica no podemos darle carta de ciudadanía por el hecho de que se está imponiendo –¡la Historia no existiría!-, sino que tenemos que interrogarnos desde la **Antropología**. ¿Qué tipo de hombre hay detrás de estos datos? ¿A qué nos lleva esta “marcha”?

---

<sup>7</sup> Ib. pp. 206-207.

Esto es lo que quiere decir **Aproximación antropológica a la constatación sociológica**. “Es que la vida ha cambiado mucho”, oyes por todos sitios con un tono eufórico o resignado, pero en ambos casos desde el más crudo fatalismo. Ahora bien, antropológicamente hablando, ese “cambio de vida” ¿es válido para el ser humano? ¿O es que el ser humano ha cambiado antropológicamente y se ha estado equivocando a lo largo de toda la Historia? Más aún, se puede argumentar que los cambios que la ciencia y la tecnología han conseguido en tan poco tiempo han proporcionado unos horizontes y unas posibilidades que nunca hubiésemos podido ni imaginar; y la “globalización” ha presentado tales posibilidades en el Gran Escaparate del Supermercado Mundial. ¿Estas circunstancias han suscitado un ser humano distinto?

En efecto, jamás el hombre ha tenido tantas posibilidades de elegir. En cuanto tales, todas están a nuestro alcance. Lo único que hay que tener son medios y oportunidades para adquirirlas. Todo tiene el mismo rango. Esto ha creado un relativismo generalizado desde el que todo es válido. El único requisito es que me apetezca o construya mi yo.

Sin embargo, somos limitados, no podemos elegir las todas. Incluso por el hecho de elegir no parece estar resuelta la cosa. ¿El problema del hombre está en que en cada momento diga lo que le apetece y pueda conseguirlo? ¿O tiene que tener un proyecto que dé respuesta global a su vida, a su “única “vida? Claro que es única; claro que somos irrepetibles y tenemos que buscar aquello que dé respuesta a un proyecto personal. Pero, ¿esto está resuelto porque el escaparate de oportunidades, de ofrecimientos, sea ilimitado? ¿O más bien todo parece complicarse? Entre tantas oportunidades está uno más pendiente del “escaparate” que de su proyecto.

Este es el problema, este es el parón que tenemos que hacer ante unos datos sociológicos que nos arrollan. Tenemos que asumirlos porque son realidad, están ahí. Pero tengo que preguntarme como persona: ¿esto a qué me lleva, esto qué salida tiene, qué horizontes me abre? Tenemos que plantearnos los dos grandes retos que tiene el ser humano:

- el primero mira al individuo: la persona humana tiene que madurar, y esta maduración no está asegurada;

- el segundo mira a la realidad social: esta maduración debe contribuir a la Justicia y la Paz.

### **La maduración humana, un reto no asegurado**

Entre todos los animales somos el ser más inmaduro cuando nacemos. Somos puro reto de maduración desde el primer momento. Podemos decir que somos el ser más desvalido, que más tenemos que evolucionar para llegar a la estructuración del yo, y una vez estructurado para alcanzar eso que llamamos maduración -que nadie sabe definirla, pero todos constatamos y sufrimos cuando no se da-. Esa maduración es un reto para toda la vida, y no está asegurado, ni lo puede asegurar ninguna estructura social por perfecta que sea. ¿Por qué? Porque hay que pasar de la infancia a la adultez y ese paso que cada uno tiene que dar, no está asegurado, y hoy menos que nunca.

¿Qué es la infancia? El desvalimiento con el que nacemos y que nos acompañará varios años contrasta con el dato de que los demás animales llegan a su “madurez” muy pronto y, lo más sorprendente, la tienen asegurada por una estructuración instintual que no falla. En nuestra infancia no ocurre nada semejante. Al nacer, sólo tenemos un esquema de comportamiento elemental: el esquema ESTÍMULO – RESPUESTA, el mismo que tiene el animal; pero con una diferencia abismal: el animal, como acabamos de decir, está programado por un instinto y

no puede equivocarse. Nosotros no tenemos ninguna programación. Por eso necesitamos unos padres –y en su ausencia o su incapacidad unos “cuidadores”- que respondan adecuadamente a los estímulos que vamos teniendo, ya que el único “principio” que nosotros tenemos para dicha respuesta es, como muy acertadamente observa Freud, el **principio del placer** y éste no asegura el acierto.

Pero el niño va creciendo y cada vez va teniendo más estímulos que ya no son elementales para la supervivencia como los primeros y entonces empezamos a decir: “este niño es un caprichoso”. ¿Eso qué quiere decir? Que tiene una capacidad de estímulos ilimitada y lo quiere todo. Y por eso se hace insoportable.

Pero el niño, muy pronto, empieza a caer en la cuenta -y hay que ayudarle a ello- que no puede dar respuesta a todos los estímulos que surgen en él. Entonces tiene que empezar a elegir y va descubriendo eso que será la **libertad**, pero que aún no es tal. En efecto, a nadie se le ocurre decir que los niños tienen libertad. ¡Los niños son caprichosos!

Freud nos dice que el niño tiene que pasar del **principio del placer** al **principio de realidad** para acceder a la adultez. Y ese paso, ¿cuándo se da? Cuando en nuestra respuesta al abanico de estímulos que nos acosan no nos regimos por el esquema ESTÍMULO - RESPUESTA (**principio del placer**), sino por la LIBERTAD (que ha de moverse desde el **principio de realidad**). En efecto, la “realidad” nos demuestra que en infinidad de ocasiones nuestras apetencias nos han hecho malas jugadas y nos hemos dejado llevar por cosas que no “merecían la pena”. ¿Cómo no equivocarse?

Y aquí vamos a hacer un inciso desde el Evangelio. Yo suelo decir que, antropológicamente hablando, el Evangelio es la oferta más limpia que se ha hecho en la historia. Todo él, que es el anuncio de la apuesta de Jesús por la vida, está planteado desde dos grandes preguntas: ¿**Qué os parece...**? y ¿**Si quieres...**? La primera va dirigida a la inteligencia y la segunda a la libertad, las dos coordenadas que nos definen como personas.

Sólo desde estas dos perspectivas tendremos un acceso válido, adulto a la realidad. Tiene que parecerme válido a mí como persona, no a la apetencia que ha suscitado en mí el estímulo de turno. Accedemos a la realidad como personas cuando **sabemos** lo que **queremos**. Y todos tenemos experiencia de hacer lo que no queremos, o lo que es peor, no saber lo que queremos. Cuando sabemos lo que queremos y lo hacemos, podemos decir que estamos descubriendo la libertad y vamos accediendo a una adultez madura. Dicho de otra forma, cuando nuestras respuestas en la vida se rigen por el ESTÍMULO - RESPUESTA, estamos poniendo en juego sólo una parcialidad de nuestro ser y no hemos abandonado la infancia. Cuando nos regimos por la LIBERTAD, apostamos con la **vida** por algo. Pero no cualquier apuesta en la vida nos llena.

Y aquí quiero citar la apreciación que P. Bruckner en su libro **La euforia perpetua** hace:

*“La felicidad no puede convertirse en el fin último de las sociedades humanas ni en el fundamento de la acción. Hay que subordinarla, como el sufrimiento, a la libertad. No podemos basar ni una moral, ni una política, ni un proyecto en esos momentos de acuerdo consigo mismo y de armonía con la naturaleza, esas luminosas páginas que transfiguran nuestra existencia. Si hay que enseñar a los hombres a que resistan a sus inclinaciones, es porque no todos los fines son compatibles y hay que jerarquizarlos, excluyendo algunos que sin duda*



*apreciamos. Hay circunstancias en que la libertad puede ser más importante que la felicidad, o el sacrificio más importante que la tranquilidad”<sup>8</sup>.*

Creo que la apreciación no tiene desperdicio. Y es que aquí estamos tocando el punto de arranque de todo: la **vida**. Es el don por excelencia, pues todos los demás serían imposibles sin ella. Me he encontrado viviendo, nadie me pidió permiso, y el problema que a toda persona se le plantea es qué hace con ella. Y no es fácil, pues cada uno tiene que encontrar su respuesta -¡no estamos programados como los animales!-, y nadie puede saberla de antemano.

Y es que en la vida hay que “tomar camino para **acertar**”, usando una frase de S. Ignacio (EE 318). ¡Hay que acertar en la vida! Ahora bien, la palabra “acertar” no sugiere seguridad, pero sí supone tanteo. Tampoco es improvisación, pero sí lleva consigo sorpresa. No hay programación posible, pero sí tengo que apostar desde mi inteligencia (¿**Qué os parece?**) y desde mi libertad (¿**Si quieres?**), aunque esto no asegura el acierto, porque en definitiva éste voy a experimentarlo como don.

Sin embargo, este situarme desde mi inteligencia y mi libertad va a posibilitar poner en juego mi persona como totalidad, voy a estar en disposición de apostar con mi vida por algo que “merezca la pena”. En una palabra, esto nos capacita para la madurez. Sólo apostando con **toda** la vida por algo, ésta nos llenará. Y esto es lo que denominamos **consagración**.

La consagración la hemos reducido a su dimensión “religiosa”. Sin embargo, hay que admitir que en castellano la aplicamos también a dimensiones profanas (por ejemplo: “éste hombre se consagró a las hormigas”; toda su vida estuvo dedicada a la investigación de las hormigas; su vida tuvo un punto de referencia que la estructuró). Podríamos decir que el hombre está abocado a la **consagración**.

Esta es la sorprendente capacidad de la libertad -que nunca podemos confundirla con el ESTÍMULO - RESPUESTA-, el poner en juego la globalidad de nuestro ser. De no ser así, no podemos hablar de libertad, sino de capricho: “como soy libre puedo hacer lo que me apetece”. Eso ya lo tiene el niño, y más que nadie. La libertad es la capacidad de apostar, comprometerse con la vida por algo que **merezca la pena**.

Detengámonos brevemente en esta frase que tantas veces se nos escapa y posiblemente nunca nos hemos preguntado por su alcance, pero la verdad es que todo el mundo la usa y en los contextos más dispares. Y, sin embargo, su contenido no puede ser más disonante en una cultura hedonista como la nuestra: ¿que algo merezca la **pena**? ¡Nada de “penas”, aquí estamos para disfrutar! Y esto no quita que la siga repitiendo el ser humano, cualquier persona sea creyente o no, sea de esta cultura o de la otra. Y es que cuando en la vida no hacemos nada que **merezca la pena**, hemos perdido la vida ¿o no?

Los interrogantes los planteamos desde la antropología, porque si queremos hacerlos inteligibles para el mundo agnóstico que nos rodea, tenemos que partir de ahí. Otra cosa es que esto coincida con el Evangelio. Pero como yo suelo repetir, resulta que el Evangelio es verdad porque es verdad, no porque sea Evangelio. ¿Por qué no comparamos la frase que estamos desentrañando “antropológicamente” con “quien pierda su vida **por mí y por el Evangelio**, la salvará” (Mc 8,35)? Y es que el problema está en que no cualquier manera de “perder la vida” nos “salva”. ¡Cuántas veces el ser humano ha destrozado su vida por cosas que lo han

<sup>8</sup> P. Bruckner, **La euforia perpetua**, Tusquets, Barcelona 2001, p. 215.

destruido, que no lo han “salvado”! Sin embargo, sigue siendo verdad que hay que hacer lo que “merece la pena”, aunque el problema definitivo sea **acertar**.

Volvamos a Lipovetsky que nos está ayudando en nuestras constataciones sociológicas. En **La era del vacío** nos dice lo siguiente:

*“Es a esa misma disolución del yo a lo que apunta la nueva ética permisiva y hedonista: el esfuerzo ya no está de moda, todo lo que supone sujeción o disciplina austera, se ha desvalorizado en beneficio del culto al deseo y de su realización inmediata, como si se tratase de llevar a sus últimas consecuencias el diagnóstico de Nietzsche sobre la tendencia moderna a favorecer la “debilidad de voluntad”, es decir, la anarquía de los impulsos o tendencias, y correlativamente la pérdida de un centro de gravedad que lo jerarquiza todo [...]. Asociaciones libres, espontaneidad creativa, no-directividad, nuestra cultura de la expresión, pero también nuestra ideología del bienestar, estimulan la dispersión en detrimento de la concentración, lo temporal en lugar de lo voluntario, contribuyendo al desmenuzamiento del Yo, al aniquilamiento de los sistemas psíquicos organizados y sintéticos. La falta de atención de los alumnos de la que todos los profesores se quejan, no es más que una de las formas de esa nueva conciencia **cool** y desenvuelta, muy parecida a la conciencia telespectadora, captada por todo y nada, sobresaturada de informaciones, conciencia “intra-determinada”. El fin de la voluntad coincide con la era de la indiferencia pura, con la desaparición de los grandes objetivos y grandes empresas por las que la vida merece sacrificarse: todo y ahora y no ya “per aspera ad astra”. “Disfrutad”, leemos a veces en las pintadas; no hay nada que temer, el sistema se encarga de ello, el Yo ha sido ya pulverizado en tendencias parciales según el mismo proyecto de desagregación que ha hecho estallar la socialidad en un conglomerado de moléculas personalizadas”.*<sup>9</sup>

Aunque larga, creo que la cita expresa con exactitud los “principios” que nos rodean, pero ¿esto es dar respuesta a la vida, apostar con la vida por algo?, ¿no nos deja en el vacío?

En noviembre del año pasado leí, en el Suplemento Semanal de un diario, la entrevista a un niño de 12 años, protagonista de la película, **El Bola**. En un momento determinado le pregunta el periodista: “¿Tienes amigos?”. “No, no tengo amigos porque los amigos te fallan y no tengo amigos. Tengo conocidos en la casa de mi abuela y donde yo vivo con mis padres, pero amigos, no”. “¿Y no crees que es un poco triste no tener amigos?”, le insiste el periodista. “No, así es mejor -contesta el niño- porque así no te dan disgustos...”. Y se ve un chaval inteligente; pero eso es lo que está “mamando” la juventud, esto es lo que está ocurriendo a nuestro alrededor. Todo aquello que me pueda comprometer, que me implique con los demás perturbando mi subjetividad, hay que descartarlo...

Pues me quedo en el aire, sin vida, sin raíces y descomprometido, es decir, **indeterminado**. Cuando uno se determina, las demás posibilidades desaparecen -se produce una especie de mutilación-, pero sólo así se facilita una concreción, una realización. Si no, nunca accede uno a la realidad. Es imposible que la totalidad en cuanto pluralidad la incorpore a mí; tengo que concretarla y determinarme, tengo que hacer un compromiso, tengo que **consagrarme**.

<sup>9</sup> G. Lipovetsky, **La era del vacío**. Anagrama, Barcelona <sup>12</sup>2000, pp 56-57.

## Una consagración que posibilite objetivamente la Justicia y la Paz

El gran reto en nuestros discursos sobre la Justicia y la Paz es que nos movamos en niveles objetivos, porque tenemos que convencernos que siempre partimos de nuestra subjetividad.

Empecemos por el problema de la Justicia: en este Primer Mundo que “disfrutamos”, ¿buscamos la Justicia o “justificaciones” para quedarnos tranquilos?

En efecto, la “justificación” es un mecanismo de defensa que el ser humano siempre lleva consigo. Y no es cualquier cosa lo que defiende: ¡la salud psíquica! Todos intuimos que la esquizofrenia es volverse locos. Pues bien, ante nuestras incongruencias -que no son pocas- en vez de asumirlas y enfrentarnos a ellas para ir las superando, recurrimos al mecanismo de la “justificación”: convencerme a mí mismo que esto es lo que había que hacer, y así no me vuelvo loco. Otra cosa es que eso no coincida con la realidad; pero como yo, subjetivamente, me he dado una justificación, los demás, a lo mejor, la han asumido también -“los intereses creados”-... Y así desapareció el problema.

Aquí vamos a hacer una observación sacada de otra expresión de nuestro idioma que todos en un momento determinado podemos usar y que todos entendemos de la misma manera. Supongamos que estamos hablando con alguien con quien tenemos mucha confianza y que está intentando convencernos acaloradamente de algo que vemos no ser así. Pues bien, cuando vemos que el otro no atiende a razones y sigue obcecado en su “convicción”, le decimos: “Mira, ten cuidado, pero tú lo que te estás justificando”. No es que le digamos que las “justificaciones” que nos da son “falsas”; decimos sencillamente: “Has tenido que acudir a la justificación: compadre, te estás engañando”. ¿Eso qué quiere decir? Que la verdad no necesita “justificación”, porque es ella misma. La Justicia tampoco. Cuando acudimos en el Primer Mundo las “justificaciones”, lo único que buscamos es quedarnos tranquilos.

Es decir, en nuestro Primer Mundo convertimos en Justicia nuestros “logros de crecimiento”, cuando éstos ya no son universalizables y, lo que es peor, los hemos conseguido gracias a nuestros abusos en el Tercer Mundo. Sólo desenmascarando nuestros mecanismos de “justificación” podremos hablar de **Justicia** y de **Paz**.

Y es que la **paz** surge cuando se da una **justicia** sin “justificaciones”. Sólo así se posibilitará objetivamente el encuentro de unos con otros como hermanos. Entonces la **Paz** es algo real, objetivo, y no que “**me dejen en paz**”. Ésta es la versión “individualista” de la paz, la que todos buscamos, lo que todos pretendemos: ¡“que nos dejen en paz”!.

¿Cuál es la paz que buscamos: que “nos dejen en paz” o que realmente podamos encontrarnos desde la igualdad, en la **justicia** y no en las “justificaciones”? Cuando la justicia pasa por mí individualismo, por mis “apreciaciones”, allí hay justificación. Cuando la justicia se me cae encima y me pone colorado, entonces es Justicia. Pero cuando yo salgo indemne de mis discursos, -incluso de mis “compromisos” con la justicia-, y son los demás los que tienen que interrogarse y cambiar, hay “justificación” por medio.

Pues esta apuesta, esta posibilitación objetiva de la **Justicia** y de la **Paz**, sólo será posible si somos seres adultos; y sólo seremos adultos si no partimos de nuestros “derechos individuales”. Tenemos que desmontar nuestro “Neoliberalismo ético” para objetivarnos y convencernos de que tenemos que frenar este desarrollo, sin límites que arrastra a un callejón

sin salida a la “globalidad”, pero bien que se apoya en la “globalización”. ¡Tenemos todos que ser más austeros!

### ¿RESPUESTA SÓLO DESDE LA VIDA RELIGIOSA?

Éste es el **Problema** y éstos los **Desafíos**. Y ahora me pregunto: ¿tenemos que responder sólo desde la vida religiosa? ¡Qué fácil es que nos aislemos en nuestro mundo “religioso” convirtiéndonos en seres extraños e inútiles! Sin embargo, todos estamos en este mundo -nos guste o no nos guste-, y todos tenemos el mismo “virus”. Y los retos y las respuestas que necesite la realidad que hemos descrito no los agota la vida religiosa; los tiene toda persona. Y tenemos que vivirlos en solidaridad y compartiéndolos con todos los que nos rodean. ¡El problema con sus desafíos nos afecta a todos!

### Dimensión antropológica de los tres votos

Antropológicamente hablando, las dimensiones en que inciden los tres votos, están en crisis en nuestra sociedad; este es el problema. Y planteo estos interrogantes:

- ¿La **pobreza** como postura ante los bienes? Todos necesitamos **bienes**.
- ¿La **castidad** como respuesta a la propia sexualidad? Todos tenemos **sexualidad**.
- ¿La **obediencia** como posibilitadora de ciudadanía? Todos somos **ciudadanos**.

En el número 87 de la Exhortación Apostólica **Vita consacrata** de Juan Pablo II se nos dice lo siguiente:

*“El contenido profético de la vida consagrada, surge de tres desafíos principales dirigidos a la Iglesia misma. Son desafíos de siempre que la sociedad contemporánea, al menos en algunas partes del mundo, lanza con formas nuevas y tal vez más radicales. Atañen directamente a los consejos evangélicos de castidad, pobreza y obediencia, y alientan a la Iglesia y especialmente a las personas consagradas, a clarificar y dar testimonio de su profundo significado antropológico”.*

O damos un testimonio inteligible desde los “consejos evangélicos” del alcance antropológico que tienen estas tres dimensiones, o estamos de más. Así de claro.

En efecto, las tres dimensiones que encarnan los tres votos, ¿no son dimensiones especialmente problematizadas en el momento presente y que afectan a **toda** persona? ¿O son cosas que tienen resueltas los “no-religiosos”? ¡Ojalá! Y el problema está en que estas dimensiones no se quedan sin respuesta, y no cualquiera es correcta.

¿Está resuelta la manera de relacionarnos con unos bienes -en gran parte superfluos- que nos acosan por todas partes y nos incitan a un consumo desmesurado, desestructurado y estúpido? ¿Está eso resuelto fuera de la vida religiosa? ¿Y es indiferente que se viva esa relación de una forma o de otra -desde la austeridad (**pobreza**) o desde el despilfarro y la ostentación (**riqueza**)-? ¿No tiene consecuencias sociales, ecológicas, etc.?

¿Está resuelto el problema de la sexualidad? Nuestro mundo vive la esquizofrenia de una

exacerbación de la sexualidad “individual”, manifestado en el “acoso sexual” (con suculentos resultados crematísticos en muchas ocasiones), junto a una trivialización de lo que habría que llamar sexualidad “personal”, quitándole su dimensión de “misterio” en un exhibicionismo al servicio de un hedonismo también crematístico. “Yo puedo hacer con mi cuerpo lo que quiera”, se proclama a diestra y siniestra, convirtiendo en “juguete individual” lo que exigimos sea considerado como “misterio personal” en la experiencia de “acoso” o “violación”. ¿Esto da respuesta a la sexualidad humana? Si el celibato no tiene nada que decir sobre este tema en el contexto cultural que nos rodea ¿tiene una respuesta válida el no-célibe? Los casados, ¿tienen resuelto el problema y lo viven sin conflictos? Su concepción sobre la sexualidad, ¿crea estabilidad y permanencia, o todo lo contrario?

¿Está resuelto el problema de la ciudadanía? ¿Formamos “ciudades” o “guarderías”? La ciudadanía está llamada a ser “conciencia responsable” de los poderes públicos. Sólo con unos ciudadanos “responsables” los poderes públicos funcionarán debidamente y gestionarán el **bien común**, que es su cometido; no suplir al ciudadano su responsabilidad personal. Pero esto, ¿está resuelto? ¿No vivimos aquí otra esquizofrenia? Por un lado, exigimos a la acción pública una moralidad escrupulosa, mientras nosotros instauramos un **Neoliberalismo ético** desde el que intentamos burlar la función que le hemos exigido. Pues bien, a dar respuesta a este problema vendría el reto que debe plantear el voto de **obediencia**. (Obediencia viene del latín *ob-audire*. *Ob*: delante de, ante; *audire*: oír, escuchar). No puede haber ciudadanía si no hay escucha recíproca.

Pues bien, según el texto que hemos leído de **Vita consacrata**, desde los tres votos que expresan nuestra consagración tenemos que “dar testimonio de su profundo significado antropológico”. Y esto sólo será posible si descubrimos y vivenciamos el alcance antropológico que cada uno de ellos tiene, al margen de la concreción de mi respuesta como “religioso”.

Y para que esto sea posible, hay que superar complejos que nosotros mismos nos imponemos, que pueden impedir la vivencia gozosa de nuestra consagración. En efecto, a veces se puede plantear que la vida religiosa ha perdido su sentido, que no existió al comienzo del cristianismo (¡eso ya lo dijo Lutero!), que es ininteligible para el hombre de hoy... Si partimos de estos supuestos, nuestra apuesta antropológica está de más. Sin embargo, vamos a intentarlo.

Como hemos visto, la problemática que existe en torno a la “materia” de los “votos” está ahí al margen de que exista la vida religiosa o no. Pues bien, el reto está en descubrir el “significado profundo” de estas dimensiones de la persona humana para poder dar respuestas “inteligibles” a cualquier persona al margen de que su concreción no sea la mía. Pero sí agradezco dicha respuesta. Dicho de otra forma, la validez antropológica de cualquier respuesta está en que pueda ayudar a los demás de cara a su respuesta “personal”. Porque los problemas están ahí, y cada respuesta, si es válida antropológicamente hablando, tiene que iluminar algún aspecto del problema. Las respuestas que demos desde nuestra consagración, si no son inteligibles e iluminadoras para los no-consagrados, son sospechosas.

Es decir, nuestras respuestas han de hacerse “a la intemperie” y han de someterse al “principio de realidad”. Los problemas del ser humano son de **todos** y entre todos hay que buscar las respuestas. De no ser así, no hemos salido de un sectarismo torpe. Por ejemplo, si la experiencia y la respuesta de cada uno a su sexualidad (del casado y del célibe) no es iluminadora recíprocamente, algo de “anormal” tendrán. Han de ser inteligibles. Todo lo verdaderamente humano ha de tener una inteligibilidad recíproca. Una cosa es que la

concreción de su respuesta no sea la mía, y otra que el alcance de su respuesta coincida con el de la mía<sup>10</sup>.

### Significado antropológico de los tres votos

#### - La pobreza como responsabilidad global frente a la alucinación del consumo.

En efecto, a la hora de hablar de los bienes -ya hemos dicho que la pobreza plantea una postura ante los bienes- tenemos que acudir a la palabra **global**. ¿Qué quiere decir esto? Que los bienes son limitados y están llamados a “globalizarse”, es decir, a compartirse para dar vida a todos. El que uno esté en el Primer Mundo no quiere decir que tenga “derecho” a disfrutar de más bienes, porque abundan más, mientras los que están en el Tercer Mundo no pueden disfrutar ni de los “necesarios”, porque carecen de ellos.

Mira por dónde: ahora que tanto hablamos de “globalización”, ya es imposible globalizar los bienes que hemos logrado en nuestro Primer Mundo: ya es imposible que todos lleguen a este techo de desarrollo y de consumo que tenemos. Esto es injusto, estamos abusando, estamos robando. El significado de la pobreza, en este contexto, es que no podemos mantener un ritmo de consumo que no es universalizable. ¿Y esto tiene “significado” sólo para el “religioso”?

Aquí quiero hacer un paréntesis que refuerza el “significado” de la pobreza desde una perspectiva no precisamente “espiritual”. Este abuso de consumo tiene repercusiones trágicas social y ecológicamente, es decir, afecta a la Realidad, y la Realidad “pasa factura” y “cobra”. La imagen de Santiago en su denuncia a los ricos tendríamos que aplicárnosla al pie de la letra: *“Con lujo vivisteis en la tierra y os disteis la gran vida, cebando vuestros apetitos... para el día de la matanza”* (Sant 5,5). El crecimiento que vivimos es “canceroso”. Parodiando la petición que pone S. Ignacio de Loyola en la meditación de infierno, tendríamos que pedir: *conocimiento de las consecuencias que tienen nuestros abusos, para que si de la solidaridad me olvidare por mis codicias, a lo menos, el temor de las consecuencias me ayude para no venir a la autodestrucción* (cf. EE 65).

Estamos embarcados en una dinámica suicida. Nosotros no lo veremos, pero los que vienen detrás sufrirán las consecuencias. El miedo, cuando nos libra de un peligro real, es “salvífico” y puede enriquecer una “significación”, cuando otras significaciones más “espirituales” han perdido eficacia.

Otro campo al que debe afectar el significado de la **pobreza** es el del trabajo (tanto el profesional como el llamado “servil”). Todos lo vivimos como un medio “honesto” de enriquecernos. Y el trabajo, como servicio, es lo más “socializado”. ¡Todos dependemos de los servicios (trabajo) de los demás, y nosotros lo hemos convertido en un medio de discriminación! Aquí podemos recordar la recomendación de Pablo en la carta a los Efesios: *“El que robaba, que ya no robe, sino que trabaje con sus manos, haciendo algo útil para que pueda hacer partícipe al que se halle en necesidad”* (Ef 4,28). El rendimiento del trabajo no “justifica” la acumulación. El que mi hora de trabajo rinda “económicamente” cien veces más que la de mi vecino, no justifica mi enriquecimiento. ¿No es esto un reto de la pobreza? ¿Y sólo para el “religioso”?

<sup>10</sup> Tengo que confesaros que lo que más me ha ayudado en la vivencia gozosa de mi celibato ha sido un libro escrito por un casado -¡y por dos veces, al enviudar a los 60 años, volvió a contraer matrimonio!-.

Volvamos a Lipovetsky en **El crepúsculo del deber**:

*“Incluso la élite de las grandes escuelas tiende a no adherirse ya al principio de la deuda de cada uno hacia todos. En 1991 alrededor de uno de cada dos cuadros salidos de las grandes escuelas de comercio y de ingenieros no se reconocía ninguna obligación superior a los demás ciudadanos, ninguna obligación de servir al interés general y de contribuir a la prosperidad colectiva.[...] En lo esencial, el trabajo se ha liberado de cualquier significado de deuda o de solidaridad hacia la sociedad: en adelante se trabaja para sí”.*<sup>11</sup>

Volviendo al comienzo de nuestras preguntas: ¿está resuelta la manera de relacionarnos con los bienes? ¿Tendríamos algo que aportar los religiosos, -desde la libertad que debe proporcionarnos nuestra consagración-, a esta responsabilidad global frente a los bienes que supone el reto de la **pobreza**? ¿Nuestra praxis de la pobreza no podría ser más significativa para todos, puesto que se presenta como un reto irrenunciable?

Nosotros no tenemos nada que perder, ¿no? Los que estamos en esta sala, que nos llamamos “consagrados”, ¿a qué estamos consagrados? ¿En qué se nota? ¿Qué libertad nos ha dado nuestra consagración para renunciar, para vivir con menos, para no necesitar tanto y estar codo a codo con los que están abajo? Todas las órdenes religiosas que estamos aquí presentes posiblemente tenemos miembros, compañeros/as, en el Tercer Mundo, ¿no? Y vivimos esa esquizofrenia con un cinismo increíble. Hacemos reformas de millones en nuestras casas de España, y para más bochorno lo justificamos diciendo que aquello estaba “indigno” o, lo que es peor, que estaba “tercermundista”.

Y para terminar este apartado quiero aludir a una frase de la que partimos siempre cuando abordamos el tema de la pobreza y que, en cierta manera, ha replanteado su sentido dentro de la Vida Religiosa: **la opción preferencial por los pobres**.

Por lo pronto, empiezo planteando que, en sentido estricto, no podemos afirmar que Jesús “optó por los pobres”: Jesús fue a comer con ricos, él mismo pidió ser invitado a comer con un rico (Zaqueo el publicano), y recibió de noche a fariseos (Nicodemo). Tampoco parece que fuesen muy pobres sociológicamente Lázaro y sus hermanas. Lo que sí está claro es que fue pobre: nació en una cuadra “porque no había lugar para ellos en la posada” (Lc 2,7), se crio en un pueblo del que “no podía salir nada bueno”, según opinión de un “verdadero israelita” (Jn 1, 46), y ante la petición de querer seguirle advertía que “las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nidos, pero el Hijo del Hombre no tiene donde reclinar la cabeza” (Mt 8,19). Y porque fue pobre y todo lo dijo desde abajo, su apuesta interroga a **todos**; porque ¡lo más bajo es lo más universal! Lo que dijo es inteligible a los de abajo y a los de arriba. Otra cosa es, y muy distinta, que los de arriba “se pongan muy tristes porque son muy ricos” (Lc 18,23).

Tenemos, pues, que **ser** pobres, si queremos seguir a Cristo, no **optar** por los pobres. Hay que optar por todos los hombres, sin excluir a nadie, pero **desde los pobres**. Entonces nuestro voto de pobreza tendrá algo que decir a un Mundo que no sabe cómo relacionarse con los bienes, y no se da cuenta de cuánto le va en ello. Que nuestra pobreza exprese la responsabilidad “global” ante unos bienes que están para dar vida y no para “engordar para el día de la matanza”.

<sup>11</sup> G. Lipovetsky, **El crepúsculo del deber**, Anagrama, Barcelona <sup>5</sup>2000, p. 180.

## - La castidad como responsabilidad de una sexualidad vivida desde la pertenencia

Veamos si brevemente explico esto. La experiencia humana de la sexualidad es una experiencia de incompletez. Cuando el **Génesis** en el capítulo primero nos habla de la creación del hombre, dice así: “*Creó, pues, Dios al ser humano a imagen suya, a imagen de Dios lo creó, macho y hembra los creó*” (Gn 1,27). Es decir, es imagen y semejanza en cuanto que son macho y hembra. Para alcanzar la imagen y semejanza de Dios estamos llamados a “completarnos”, a “pertenecernos”. Por otro lado, el capítulo segundo hace decir a Yahvéh: “*No es bueno que el hombre esté solo...*” (Gn 2,18).

¿Cómo constataríamos esto en nuestra experiencia humana? ¿Esto es una idea o es una realidad? Toda realidad se capta mejor viéndola fuera: sólo saliendo de nuestra subjetividad podemos objetivar. Pues bien, yo tengo la siguiente experiencia: en mi trato y amistad con tantos matrimonios a lo largo de mi vida he percibido esto (no sé si vosotros también). Cuando tengo amistad con un matrimonio, si ese matrimonio está integrado, si se quieren, si se experimentan como perteneciendo él a ella y ella a él, mi relación con ella es esponjosa, alegre y me enriquece tremendamente; me siento ante ella libre y distendido. Sin embargo, no tengo la misma sensación cuando dicho matrimonio no acaba de estar integrado y no experimentan con gozo su mutua pertenencia. Entonces tengo cierta sensación de agobio, de “acoso” -y no me refiero en absoluto al célebre acoso sexual-; es sencillamente que no me siento libre y distendido frente a ella.

¿Qué me da a entender esto? Es como si la sexualidad humana tuviese dos dimensiones: una “posesiva” que expresaría la dimensión de incompletez que descubriríamos en el Génesis y que buscaría una **pertenencia**, y la otra “oblativa”, que pondría en juego la totalidad de mi persona capacitándola para la entrega gratuita, el amor en su expresión más profunda.

Y aquí no me resisto a citar una observación de Freud que puede iluminar la dimensión antropológica de nuestra sexualidad:

*“Es muy interesante observar que precisamente las tendencias sexuales coartadas en su fin son las que crean entre los hombres lazos más duraderos; pero esto se explica fácilmente por el hecho de que no son susceptibles de una satisfacción completa, mientras que las tendencias sexuales libres experimentan una debilitación extraordinaria por la descarga que tiene efecto cada vez que el fin sexual es alcanzado. El amor sensual está destinado a extinguirse en la satisfacción. Para poder durar tiene que hallarse asociado, desde un principio, a componentes puramente tiernos, esto es, coartados en sus fines, o experimentar en un momento dado una transposición de este género”.*<sup>12</sup>

En efecto, si la sexualidad humana sólo se actualiza en sus *tendencias sexuales libres* (¿ESTÍMULO - RESPUESTA?), es decir, *susceptibles de una satisfacción completa...*, está destinada a extinguirse en la satisfacción. Para que surjan lazos duraderos (¿niveles de **pertenencia**?) han de estar *coartados en su fin* (¿LIBERTAD?).

Dicho de una forma más coloquial: cuando nuestros niveles de **pertenencia** están resueltos, no vamos “de pesca” -¿me explico?- y podemos darnos sin límite, en gratuidad, y la otra persona

<sup>12</sup> S. Freud, **Psicología de las masas y análisis del yo**, en **Obras completas**, III, p. 2591. Madrid <sup>3</sup>1973.



se sentirá libre y distendida.

¿Pero esto es un problema que tiene el célibe, o lo tiene toda persona? El **hedonismo** imperante nos pueriliza *extinguendo* cualquier *amor* en la *satisfacción*. No hay adultez para *coartar* una **sexualidad** que busca una **pertenencia** para poder *crear lazos duraderos* y nos deja en un *amor sensual [...] destinado a extinguirse en la satisfacción*.

Volvamos al análisis de Lipovetsky:

*“Lejos de ser un fin en sí, la familia se ha convertido en una prótesis individualista en la que los deberes y derechos subjetivos prevalecen sobre las obligaciones categóricas. Durante mucho tiempo los valores de autonomía individual han estado sujetos al orden de la institución familiar. Esa época ya ha pasado:... los padres reconocen ciertos deberes hacia sus hijos, pero no hasta el punto de permanecer unidos toda la vida y sacrificar su existencia personal. La familia posmoralista es pues una familia que se construye y reconstruye libremente durante el tiempo que se quiera y como se quiera. Ya no se respeta la familia en sí, sino la familia como instrumento de realización de las personas. La institución “obligatoria” se ha metamorfoseado en institución emocional y flexible.”*<sup>13</sup>

Si esta descripción es válida, ¿podemos limitarla al mundo “secular” o hay que traspolarla al “religioso”? ¿No encuentra uno posturas idénticas entre nosotros con respecto al compromiso religioso? ¿Nuestra “vida religiosa” no la vivimos en muchas ocasiones como una *prótesis individualista*?

Y es que paralelamente a la pregunta del casado, nosotros los célibes tenemos también que preguntarnos: ¿están resueltos nuestros niveles de pertenencia? En cuanto célibes, ¿a quién pertenecemos? ¿Pertenece al Señor o vamos “de pesca”? Pues si vamos de pesca, se nota. Y eso ni es madurez, ni es nada; es triste y cómico. Como más arriba observábamos, sólo teniendo resueltos nuestros niveles de pertenencia podremos darnos en gratuidad y la persona a la que nos damos se sentirá persona (libre).

Y este es un problema que toda persona tiene que resolver de cara a su propio equilibrio. Sólo así posibilitamos una entrega gozosa a los demás y una convivencia enriquecedora, basada en el respeto y la acogida, no en la manipulación o el “engullimiento”. ¿Me he explicado? Estamos para dar vida, no para *extinguirla en la satisfacción*. **Y esto es un reto para todos.**

¿Tiene, por lo tanto, algún significado nuestro voto de castidad para el hombre de hoy? Dar una respuesta responsable a nuestra sexualidad, junto a los que nos rodean, que también tienen que responsabilizarse ante una experiencia de incompletez que apunta a la plenitud de una **pertenencia** -que en el fondo desborda a todas las pertenencias más logradas-. Sólo así la persona humana se sitúa ante los demás como donación desde el respeto y la libertad.

### **-La obediencia como responsabilidad corporativa**

¿Tiene resuelto el hombre de hoy el problema de la ciudadanía?, nos preguntábamos más arriba. ¿Cómo vivir nuestro voto de obediencia de forma que no sólo sea “inteligible”, sino

<sup>13</sup> G. Lipovetsky, **El crepúsculo del deber**, Anagrama, Barcelona <sup>5</sup>2000, p 162.

“significativo” para todos? O dicho de otra forma, ¿cuál es su alcance antropológico? En el epígrafe lo hemos definido como una “responsabilidad corporativa”, es decir, exactamente lo contrario del individualismo; y al comienzo, al plantear el problema, contraponíamos “individualismo-socialidad”.

El individualismo nos sitúa en el centro: todos tienen que escucharme, pues la gran tarea que tengo es “realizarme”; todos tienen que dar una respuesta satisfactoria a mis “derechos individuales”. ¿Qué alternativa debe plantear la **obediencia** en este contexto? Que yo sea capaz de escuchar (*ob-audire*) al otro, a los otros. Pero esto no es posible desde mi individualismo, desde mi narcisismo exacerbado, que me encierran en mí mismo, perdiendo valor e interés todo lo que no sea **yo**, porque, en definitiva, yo soy “el principio y el fin”, “el alfa y la omega”.

La **obediencia** como actitud es apertura en lugar de cerrazón, escucha en lugar de “autismo”, interrogante en lugar de seguridad... Sólo entonces, cuando en mí haya una actitud de apertura, de escucha, de búsqueda, tendré conciencia responsable de que formo parte de un “cuerpo” y que gracias a esa realidad “corporativa” todos podemos salir adelante. Hay que tener conciencia de que ser ciudadano es tan decisivo como ser persona. O dicho de otra forma: no podríamos vivir como personas si nadie a nuestro alrededor tuviese conciencia de ciudadano: responsabilizarse de la **Ciudad** -¡no **Guardería!**-, porque hemos de vivir en ella.

La imagen de **Guardería** puede ayudarnos en nuestra búsqueda. En el proceso de maduración del niño al que antes aludíamos, hay dos actitudes contrapuestas que van a ser claves de cara a dicha maduración: el capricho y la obediencia. Sólo a través de la segunda el niño se irá abriendo a la responsabilidad -¡a la **LIBERTAD!**-, mientras desde el capricho se afianzará en el **ESTÍMULO-RESPUESTA**. Los cuidadores en las guarderías han de controlar (“cuidar”) los caprichos contrapuestos de cada niño. ¡Toda la responsabilidad recae sobre los cuidadores! Si antes aludíamos a una **Guardería global**, leamos la apreciación de Bruckner en **La tentación de la inocencia**:

*Ante “el mensaje de la modernidad: todos sois unos desheredados con derecho a lloriquear por vosotros”, “el mercado de la víctima está abierto a cualquiera, siempre y cuando pueda lucir una buena desolladura y el sueño supremo consiste en convertirse en mártir sin haber sufrido nunca más desgracia que la de haber nacido. En nuestras latitudes el individuo se concibe a sí mismo por sustracción: quitando los poderes, las iglesias, las autoridades y las tradiciones hasta quedar reducido a ese soporte minúsculo, el Yo, independiente de todos y de todo, aislado, aligerado pero también infinitamente vulnerable. Solo frente al poder del Estado, frente a ese gran Otro que es la sociedad, inquietante, inmensa, incomprensible, se asusta de verse reducido a sí mismo. Sólo le queda entonces un recurso: rehacer su sentido a partir de sus heridas, que amplifica, que engrandece con la esperanza de que le confieran una cierta dimensión y de que por fin se ocupen de él”.*<sup>14</sup>

¡”Que se ocupen de nosotros, para eso detentan el poder y nosotros pagamos”! Pero de responsabilizarse, nada. No queremos salir de la “guardería”: exigimos que la autoridad controle los “caprichos” de los demás, en lo posible respetando los míos...

Necesitamos una terapia de **obediencia**, esto es, de escucha, de apertura, que nos

<sup>14</sup> P. Bruckner, **La tentación de la inocencia**, Anagrama, Barcelona <sup>3</sup>1999, pp. 143-144.

responsabilice hacia los demás, que nos haga ciudadanos... Y esta terapia la necesitamos todos, empezando por los que detentan el poder del tipo que sea: civil, eclesiástico, empresarial, mediático, etc., porque la **obediencia** es previa a la **autoridad**. No puede haber autoridad moral si previamente no hay respeto y escucha. La autoridad meramente jurídica no hace crecer.<sup>15</sup>

Por aquí habría que buscar el significado antropológico de nuestro voto de obediencia. Como apuesta el Vaticano II, en su Decreto sobre la vida religiosa [14], "la obediencia religiosa, lejos de menoscabar la dignidad de la persona humana, la lleva, por la más amplia libertad de los hijos de Dios, a la madurez". Vivamos codo a codo con los demás hombres y mujeres este reto de maduración que nos abre a la **ciudadanía**, en el sentido más amplio del término, desde una escucha y una búsqueda que nos responsabiliza rompiendo nuestro individualismo infantil.

"Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres", proclama Pedro ante la autoridad religiosa judía (Hech 5,29), y que se traduce en el reto permanente de la **búsqueda de la voluntad de Dios**, reto que sólo podrá llevarse a cabo desde la escucha recíproca, porque la obediencia es previa a la autoridad.

"PARA QUE ENTERAMENTE RECONOCIENDO PUEDA EN TODO AMAR Y SERVIR" [EE 233]

Con esta apuesta quiere S Ignacio que el ejercitante termine su experiencia de Ejercicios. Ahora bien, esta apuesta es de toda persona: nadie puede amar y servir en todo sin un "reconocimiento" previo ante todo, que podríamos describir, después de lo dicho, como la actitud madura que responsabiliza nuestras necesidades ante la dimensión "común" de los bienes [**Pobreza**], nuestra sexualidad ante un misterio de pertenencia que nos integra [**Castidad**], y nuestra libertad ante una reciprocidad -sociedad, ciudadanía, iglesia, comunidad,...- que nos sostiene [**Obediencia**]. Sin dar respuesta a estas tres dimensiones - el ser humano es un ser de "necesidades", "sexuado" y "social"- no hay posibilidad de apostar por la **Justicia** y la **Paz**, sino que nos "justificaremos" y exigiremos que nos "dejen en paz", que no es lo mismo.

Es decir, una vivencia de nuestra consagración religiosa como significativa en reciprocidad con los demás, -con los no-consagrados-, con los que compartimos los mismos problemas y los mismos desafíos. Todos tenemos que enriquecernos e iluminarnos mutuamente porque estamos llamados a dar respuesta a un reto global y único.

Hay peligro de vivir la vida religiosa desde una tesitura de héroe, y no como "uno de tantos" (Fil 2,7). La vida de Jesús de **Nazaret** pasó desapercibida, pero nunca dio la espalda a la realidad. Lo mismo podemos decir del hombre de hoy, como muy bien lo formula P. Bruckner en **La euforia perpetua**:

*"Lo apasionante de las biografías, ya sean de gente corriente o famosa, con su alternancia de apogeos, caídas y resurrecciones, es que hablan de individuos"*

<sup>15</sup> Gaston Fessard, en su obra **Autorité et bien commun**, Aubier, Paris 1954, pp 12-13, dice que la autoridad viene de la palabra griega *auxano*, que en latín es *augere*, que significan "hacer crecer". La verdadera autoridad de los padres es la que posibilita el crecimiento responsable de los hijos, que lleguen a ser personas, no la mera protección o cuidado: **¡la familia no es una guardería!**

*corrientes pero capaces, en las situaciones desesperadas de dar prueba de un valor excepcional o de encontrar una solución. El héroe contemporáneo es un héroe circunstancial que se ve empujado a su pesar al margen de las normas habituales; un luchador por azar, no un profesional de la valentía”<sup>16</sup>.*

¿Cómo pues, dar testimonio del profundo significado antropológico de nuestra consagración? Quiero responder con una apuesta que Ignacio Iglesias plantea a la “vida consagrada” en su libro **Preguntas a la vida consagrada**:

*“La vida consagrada con su plenitud de “humanismo” encima y a la vista, deberá hacerse activamente presente allí donde otros seres humanos se esfuerzan por caminar con la humanidad innumerables éxodos de liberación, todos tenemos que hacer éxodos de liberación, desde innumerables des-humanizaciones de todas clases. Sólo si Dios va a la cabeza de estos éxodos con los que vuelven de sus destierros, y si la Vida Consagrada los hace suyos y va con ellos llegarán a la verdadera Jerusalén, que lleva dentro de sí, como anhelo fundamental, todo ser humano”.*<sup>17</sup>

Todos tenemos que hacer “éxodos de liberación”, todos tenemos “enganches” y añoranzas de “ajos y cebollas de Egipto” que nos deshumanizan o infantilizan. ¡Todos tenemos el mismo *virus*! Estamos llamados a ayudarnos en reciprocidad, desde abajo, desde la implicación, si queremos que nuestra vida sea significativa. ¡Que Dios nos ampare!

---

<sup>16</sup> P. Bruckner, **La euforia perpetua**, Tusquets, Barcelona 2001, p.195.

<sup>17</sup> I. Iglesias, **Preguntas a la Vida Consagrada**, Mensajero, Bilbao 1999, p. 138.